



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 63

*Del señor académico de número don
Ricardo M. Llanes, acerca de*

Antecedentes de la literatura lunfardesca

Señor Presidente:

Benigno B. Lugones, el periodista de *La Nación* de 1879, está considerado como el primero que escribió en nuestro medio ciudadano algunas páginas concretas y orgánicas, diré, sobre el lenguaje llamado “lunfardo”. Empero, sin duda alguna que muchos de los vocablos representativos del hablar “canero” ya se los empleaba no sólo en las conversaciones de la gente del suburbio, sino también en aquella correspondencia oral entre gente culta que no tenía empacho alguno en reproducirlos por medio de la imprenta. Y voy al objeto de esta comunicación.

Hace ya unos días he dado con la carta cuyo contenido me place copiar y enviarle. Estimo, y ello a título informativo, que debe pasar a conocimiento de los señores miembros de nuestra Academia; pues a fe mía, que ella despierta la atención por el escenario en que aquellos se producen, lejos de Buenos Aires, y por los actores que los daban a conocer. He aquí la carta del poeta y escritor W. Jaime Molins.

Buenos Aires, 25 de setiembre de 1963

Señor Ricardo M. Llanes.-Ciudad.

Mi querido amigo: Con vivo placer y respondiendo a su gentil pedido, me es grato proporcionarle los datos que poseo sobre la información periodística que registra una hoja impresa sobre el “lunfardo”, periódico que circuló en Dolores –mi ciudad natal– durante los años 1877 y 78.

Hubiera sido muy sencillo para mí, suministrarle estos datos telefónicamente, ahorrando tiempo para ambos. Pero he preferido escribirle estas líneas, ya que tales detalles merecen una explicación sobre el ambiente local de la época en que fueron registrados los mencionados términos.

La después ciudad de Dolores, pueblo grande a la sazón, era punta de rieles. Allí remataba el ferrocarril del Sur. Esta situación incidía en darle la verdadera importancia al municipio, al extremo de que me atrevo a calificarlo de “puerto seco”. Hasta allí llegaban todos los frutos del país, desprendidos de todas las poblaciones y partidos del sureste de la Provincia: General Guido, Maipú, Ayacucho, Balcarce, Mar del Plata, Tandil, etc. Esta especie de fatalismo geográfico, con proyecciones financieras y económicas, era propicio a la concentración habitual de las más respetables firmas de Buenos Aires en materia de consignación de frutos de la tierra. Y como paralelamente funcionaban los Tribunales de Justicia, es obvio suponer que aquella plaza dio acogida a numerosos curiales –la mayor parte eminentes– ávidos de litigar.



Bien. Los Tribunales de Dolores, concentraron abogados, escribanos, procuradores, etc., de categoría –y también leguleyos, que los hubo–. Y bastó esa pléyade doctoral, para que el ambiente periodístico se saturara de publicaciones. Y por aquello de “pueblo chico, infierno grande”, así como aparecieron órganos de publicidad de primer orden, se dieron a la calle, numerosos hebdomadarios de política, de chismorreos, de garrotazos, etc. Y es lógico suponer que en aquellos periódicos, sabrosísimos los más, se cruzaran varapalos a diestra y siniestra. Pero también es lógico suponer –y esta es la verdad meridiana– que aquellos a manera de panfletos, estuvieran escritos por plumas realmente calificadas. Tenga en cuenta usted, que por los Tribunales de Dolores, en aquella época, pasaron hombres que se llamaron Miguel Navarro Viola, Agustín Justo –padre del después presidente de la República–, Tomás Amadeo, Eduardo Acevedo Díaz, Agustín de Vedia, Alberto Palomeque, Torcuato Zubiría, Dalmiro Alsina, Pedro Belderrain, García Alberdi, Pedro Bourel (después fundador, a fines del siglo pasado, de *El Nacional* de Buenos Aires), y tantos otros que se me escapan, pues estoy escribiendo de memoria.

De manera que los mencionados periódicos, tan incisivos como voladizos, contaban, en su redacción, con muchas plumas, manejadas hábilmente por la mayor parte de los personajes mencionados. No es extraño, entonces, que quien escribiera las palabras lunfardas que voy a mencionarle a continuación, no fuera un lugareño vulgar y silvestre. Resalta, sin duda, que era un porteño de pura cepa, que trasladaba al terruño, la jerga del bajo fondo que comenzaba a divulgarse en Buenos Aires. Y esto es un dato capital que debe tenerse en cuenta para cuando se escriba la historia del “lunfardo”, pues, en Dolores, fue donde por primera vez se llevó a tipos de imprenta, un buen lote de los términos hampones que comenzaban a entrar en circulación.

Los principales periódicos, de la categoría señalada, circulantes en aquellos años, fueron *El General Bum-Bum*, *El Democrático* y *La Jeringa*. En la edición del 28 de diciembre de *El General Bum-Bum*, segunda época, Año II, número 33, en uno de esos brulotes contra determinada persona –omito el nombre– se leen las siguientes palabras lunfardas, con su ortografía original: beaba, reversar, batir, misha, bacán, morfilar, espantado, farra, dar golpe a los bobos, otario cuadro, batido, cana. Debo advertir que el autor del suelto no dice *lunfardo*; dice *lonfardo*. No habiendo quien discuta este origen verbal, me atrevo a sospechar que con tal término –*lonfardo*– nació la jerga.

Y nada más, por hoy, mi querido amigo. En la esperanza de haber satisfecho su justa curiosidad, lo saludo y me suscribo con un cordial abrazo. Su invariable amigo. Firmado: W. JAIME MOLINS.

Saludo al señor Presidente con mi mayor estima.

Buenos Aires, 2 de mayo de 1965

Ricardo M. Llanes
Académico de número